

"ANGOLA: PUNTO DE VIRAJE"

Domingo Amuchástegui Alvarez*

RESUMO: O autor, um conceituado historiador cubano, com vivência em Angola, analisa o processo de paz relativo a este país, envolvendo as principais forças políticas angolanas. A situação internacional, na qual Angola se insere, é posta em destaque.

UNITERMOS: Paz – Paz em Angola.

Con los acuerdos de Estoril entre el MPLA y la UNITA sobreviene la culminación de un largo proceso de negociaciones acompañado de un estancamiento y agotamiento mutuamente reconocido, del recurso de la guerra como vía para alcanzar sus respectivos objetivos políticos. Es indiscutible reconocer ahora que el conflicto angolano, no obstante estar los pronósticos dominados todavía por extremos de optimismo y pesimismo, parece encontrarse en un punto de viraje decisivo.

Pese a haber sido refrendados posteriormente por José Eduardo Dos Santos, por el MPLA, y Jonás Malheiro Savimbi, por la UNITA, en medio de solemne ceremonia en Portugal con amplio respaldo internacional, y definir en unas 1 500 páginas de texto las modalidades y pormenores del cese el fuego, las formas de transición y mecanismos hacia las elecciones generales pluripartidistas y democráticas a celebrarse en septiembre de 1992, las fórmulas para la formación de un nuevo ejército nacional, en cuyo seno se fundirán las estructuras militares del MPLA (FAPLA) y de la UNITA (FALA) así como las garantías e instrumentos de supervisión que aportarán Portugal, en su papel de mediador y EE.UU., URSS y la ONU, en su condición de observadores y garantes, no han sido estos avances capaces de borrar dudas y disipar las múltiples incógnitas que animan la moderación, aprehensiones y pesimismo que aún persisten.

Recordar la suerte de los Acuerdos de Lusaka (1984), nacidos de la primera mediación de Washington, de los más recientes de Gbadolite gestados bajo los efectos directos de la batalla de Cuito Cuanavale (1988) y de la mediación africana encabezada por Mobutu (Zaire), y que incluyera un encuentro

* Centro de Estudios sobre África y Medio Oriente, Cuba

de apariencia cordial entre Dos Santos y Savimbi, alientan los cuestionamientos que se plantean ahora sobre la confianza mutua y viabilidad de los actuales acuerdos.

Cuando se discute cómo materializar o imaginarse la fusión de ambas fuerzas en un solo ejército así como la estabilidad de la transición o de las elecciones mismas en un país devastado y más todavía, el acatamiento de sus resultados, cualesquiera que ellos sean, las dudas entonces se multiplican. Cuando se examinan los graves problemas económico-sociales y se valora cuán inseparables son estos de cualquier transición, elección o acuerdos, de su misma factibilidad, entonces las dudas se tornan en franco pesimismo.

INVENTARIO DRAMÁTICO Y COMPLEJO

Estos últimos 16 años de guerra ofrecen un balance realmente patético para cualquier país, pero que en este caso va mucho más allá de las bajas y destrucciones de una guerra civil. Junto a las incontables decenas de miles de víctimas mortales, un macabro paisaje de mutilados – hombres, mujeres y niños por igual – por miles y miles se añade a la precaria existencia cotidiana de ciudades y aldeas, y a ellos se suman, por centenares de miles, los refugiados y dislocados que, huyendo de la guerra, buscan sobrevivir al amparo de las fronteras vecinas o de una marginalidad social agigantada de las periferias urbanas angolanas, de las escasas ayudas que les extienden instituciones gubernamentales, no gubernamentales y religiosas.

El ámbito rural – asiento de la mayoría de la población y fuente de la riqueza agrícola y pecuaria del país – posee vastos espacios geográficos subpoblados por su índice de densidad y con millares de aldeas desperdigadas e imposible de controlar o administrar centralmente, con frecuencia aisladas y apartadas de las rutas de las caravanas y dispositivos de la administración gubernamental de Luanda o de la fiscalización periódica, quedando así expuestas al control del primero o del último que llegue enarbolando la fuerza y la protección. Los que han permanecido aferrados a la tierra de sus ancestros, se atienen a la lógica de la más elemental sobrevivencia: se pliegan a la fuerza que llega, y a veces ni así han logrado sobrevivir.

La excelencia de los suelos del altiplano central, de Malange, Huila o Wako Kungo, dotados para asegurar una autosuficiencia alimentaria y nutrir en el pasado los principales circuitos comerciales – en la actualidad desarticulados completamente –, hoy tienen como siembra más importante no el café o el algodón, sino las minas, las que se han sembrado en cantidades tales – y con un descontrol no menor – que empujamos los minados franceses en Argelia.

Los magníficos sistemas de carreteras, ferrocarriles y puentes – entre los mejores de Africa – han sido dañados severamente, inutilizados parcial o

totalmente, incluido el Ferrocarril de Benguela de tanta importancia para la exportación más rápida y barata de los minerales de Africa central (Zaire y Zambia en primer lugar) y están jalonados igualmente por millares de minas o la siembra anárquica de las mismas. Ello se extiende por igual a los sistemas hidroeléctricos, sus conductoras y torres de transmisión, y como resultado la parálisis de industrias, acueductos y otros servicios vitales, de todo o casi todo aquello que consideramos imprescindible para una vida normal.

Cuantificar las pérdidas que todo ello ha significado deviene en ejercicio bien difícil puesto que no solo la ausencia de estadísticas confiables y de otros métodos de evaluación lo dificultan, sino que tenemos que enfrascarnos en definir el concepto de pérdidas materiales y sus connotaciones. Para empezar, los muertos y mutilados no se pueden incluir en cuentas o estimados; en los planos social y moral, psicológico y político, no son cuatificables, no pueden ser parte de ninguna estadística; ellos se registran más esencialmente en la memoria histórica y la conciencia social de los linajes, clanes y grupos que dominan todavía las formas de organización social de lo que denominamos pueblo angolano.

En cuanto al daño material infligido, no abarcó ello solo cosechas, fábricas o infraestructuras destruidas, sino que debe integrar los efectos colaterales de paralización y ruina indirectas como por ejemplo las industrias de Huambo paralizadas o sensiblemente reducidas sus capacidades por la imposibilidad de hacerle llegar las materias primas por caravanas o ferrocarril, de las poblaciones que, aterrorizadas o amenazadas, abandonan sus cosechas o ganado, de los dislocados que la ONU sigue sin reconocer ni ayudar, del enorme gasto militar o de los ingresos petroleros que se ven así impedidos de actuar como agentes de desarrollo y que se diluyen principalmente entre el gasto militar y las importaciones de alimentos. Esos ingresos petroleros han llegado a resultar insuficientes con lo que el país se comprometerá en un ascenso acelerado de sus niveles de endeudamiento en apenas un lustro. Algunos estimados angolanos y de especialistas de la Southern Africa Development and Cordination Conference (SADCC) sitúan solo muy tentativamente en 12 ó 15 000 millones de dólares el monto posible de pérdidas directas.

Por si fuera poco, el trienio 1989-1991 incorpora a este cuadro una calamidad natural sin precedentes: un estado de sequía prolongada por el centro y sur del país, provocando una hambruna más agudizada y masiva para nuevos contingentes de dislocados a los cuales se ha intentado hacer llegar alguna ayuda internacional y de la ONU en medio de fricciones y altibajos por problemas de soberanía sobre el control de dicha ayuda.

No debe suponerse que esta apretada síntesis está referida o afecta solo las áreas o zonas bajo control permanente del gobierno del MPLA; hacerlo sería un error mayúsculo para cualquier análisis sociopolítico actual o para diseñar pronósticos o probables escenarios. Los daños y sus secuelas, las víctimas y

pérdidas, el costo social y político de 16 años de guerra no va a la cuenta exclusiva del MPLA; ellos se reparten por igual entre ambos contendientes. Los muertos y mutilados, las víctimas del cólera, de las hambrunas y las carencias de todo, los dislocados del interior o refugiados angolanos en países vecinos, son responsabilidad por igual de la UNITA y del MPLA o de la más compleja categoría de víctimas inocentes; la muerte, la desolación, la miseria extrema no hace distinciones, golpea a todos.

En todo caso, y con independencia de que tanto una como otra fuerza busca identificar como culpable principal a su contrario, es importante observar que en el manejo de este dramático y complejo inventario, el MPLA ha tendido mayormente a reconocerlo en toda su crudeza y brindar acceso a la prensa y agencias internacionales; la UNITA, en cambio, lo elude, lo silencia en lo fundamental, y solo le interesa sobredimensionar sus propias proyecciones, éxitos y la posibilidad de Savimbi.

Para el examen concreto de algunos problemas se disponen, por tanto, de cifras, informaciones y críticas. Así, por ejemplo, se conoce que el gasto militar ha estado absorbiendo del 40 al 50% del presupuesto general (teniendo que considerar aquí, además del financiamiento de las FAPLA, la elevada contribución de dicho presupuesto al mantenimiento de las fuerzas cubanas a los largo de todos estos años, lo que ha representado, prácticamente, el financiamiento de dos ejércitos). A esto hay que agregar que los suministros militares – provenientes en su casi totalidad de la URSS – han significado un elevadísimo porcentaje de la creciente deuda externa angolana. Si para 1989 estimados del Fondo Monetario Internacional (FMI) indicaban un monto de 7 000 millones de dólares (de ellos 5,2 a mediano y largo plazo), la deuda no incluía el renglón especial constituido por las importaciones de armamentos y medios militares, los cuales se calculaban en unos 4 000 millones de dólares. Por tanto, la deuda externa angolana pasaba de unos 4 500 millones en 1986 a unos 11 ó 12 000 millones de dólares para 1990, cifra que casi triplica el nivel de 1986 en un período muy corto y con ello una tendencia particularmente nociva.

La deuda angolana todavía se considera de un montante e intereses no muy grandes, pero su problema más grave y apremiante son los plazos sumamente cortos en el pago del servicio de dicha deuda a largo y mediano plazo y de los créditos comerciales. Ello suma un total de 1321,5 millones de dólares, que unido a los gastos planificados del Plan Nacional 1991-1992, suman una cifra imposible de cubrirse con los ingresos en divisas proyectados por el Estado. Los desequilibrios financieros alcanzan así niveles extremos. Es importante consignar que ese salto de la deuda tuvo lugar a pesar de los incrementos sostenidos de la exportación petrolera angolana y cuyos ingresos crecientes – que en parte compensaban la caída de los precios del petróleo a mediados de la década pasada – resultaban insuficientes para hacerle frente a los costos de la

expansión y mantenimiento de la industria petrolera, de los gastos militares, de las importaciones alimentarias y de otras para asegurar una frágil subsistencia de la hipertrofiada economía estatal. Esto condicionó la búsqueda de nuevas fuentes de financiamiento externo, originando así los niveles actuales de endeudamiento.

A juicio de especialistas angolanos, la riqueza petrolera angolana y su ampliación incesante habría de condicionar en estos años una tendencia muy negativa, una suerte de parasitismo a partir de poseer semejante riqueza, haciendo de esta la solución ideal y más socorrida para todas las dificultades. De tal manera que cuando se advertía – desde mucho antes del agravamiento de la guerra – un descenso crítico de la producción agro-pecuaria o de determinados artículos industriales, no se pensaba ni se trabajaba por encontrarle soluciones que reanimaran esas ramas, sino que se echaba mano a los ingresos petroleros como solución más expeditiva y reiterada, conducente no solo a malgastar dichos ingresos, sino a desmovilizar las capacidades productivas del país, tanto material como subjetivamente.

Las enormes dificultades económicas, financieras, institucionales y políticas, se explican mucho más para el gobierno de Luanda si tenemos en cuenta que su burocracia civil se multiplicó similarmente hasta alcanzar la imponente cifra de 120 000 funcionarios, con un promedio salarial de 12 000 Kwanzas y que vienen a representar un desembolso de 10 000 millones solo por ese concepto dentro del presupuesto general del Estado. Estudios especializados han demostrado la posibilidad de hacer funcionar el Estado angolano con una nómina de solo 50 000 empleados.

Otro aspecto no menos relevante es la cuestión de los cuadros, su composición y distribución, su capacidad de poder y gestión. En 1975-1976, cuando el MPLA se vio solo en el gobierno y debió asumir casi toda la economía colonial por abandono y sabotaje del colonato portugués y de ciertas empresas extranjeras, bajo la forma de una economía estatal hipertrofiada en grado extremos, apenas contaba con poco más de un centenar de cuadros técnicos-profesionales, mayormente de origen kimbundu, kikongo y mestizos, formados en Portugal o Francia, en la URSS, la RDA, Cuba y otros países socialistas. Estos cuadros tendían a concentrarse en sus zonas de origen o en la capital, encontrando numerosos obstáculos para adoptar su formación a las nuevas condiciones y exigencias. Copiar sin criticar de otras experiencias, de aquellas en las que se habían formado, devino una seducción casi inevitable y muy perniciosa.

En ocasión de una importante reunión sobre política de cuadros, celebrada en Luanda, en 1987, se constataba que el 76,9% de los cuadros superiores y medios (menos de 4 000 en total) se concentraban en Luanda. Este fenómeno tan desproporcionado ayudaba a comprender tanto el alto grado de dependencia del gobierno central en materia de cooperantes extranjeros como las

numerosas debilidades e insuficiencias de sus instituciones, de su capacidad de gestión para expresarse y controlar la totalidad del país.

Con idéntica importancia y magnitud, se inscribe la cuestión de la corrupción político-administrativa que por importantes sectores del Estado y la sociedad es utilizada como singular mecanismo de acumulación capitalista – como en muchos otros países africanos y del Tercer Mundo por los sectores que en una diversidad de grados encarnan las aspiraciones de una naciente burguesía, notoriamente corrupta, primeramente especuladora y casi unánimemente no productiva. Una y otra vez la tendencia de la corrupción, sus mecanismos y consecuencias han sido denunciados por personalidades dirigentes del MPLA. Algunos de ellos han llegado a reconocer cómo, incluso, una mayor parte de las importaciones del país caen en las redes y manipulaciones de la corrupción.

¿Está libre de estos mismos "pecados" la UNITA? Ciertamente no. Abundan las documentadas acusaciones de disidentes de la propia UNITA y de fuentes occidentales de similares procesos de corrupción, de escandaloso nepotismo, de gigantescos gastos militares que dejan muy poco para una política social y beneficiosa para muchas poblaciones bajo su control o influencia más allá de la periferia de Jamba. Los compromisos y deudas con aliados y vecinos no son menos significativos; la composición, origen y eficacia de los cuadros guarda no pocas similitudes, pero de signo diferente en cuanto a orígenes étnicos – con más predominio ovimbundu – o lugares de estudios y por estar más dominada por los cuadros estrictamente militares.

Este inventario dramático y complejo no tiene una clara divisoria a lo largo de la cual responsabilidades y culpas, problemas y dificultades, se reparten y entremezclan en la trayectoria de ambas fuerzas en estos 16 años de guerra.

CLAVES PARA EL OPTIMISMO

Como primer argumento se plantea el acelerado desmantelamiento del drama angolano como conflicto regional y, en especial, el alto grado de internacionalización que desde 1974-1976 había complicado y velado su naturaleza esencialmente local, angolana. No puede obviarse que por un largo período de tiempo cuatro maquinarias de guerra (FAPLA–fuerzas cubanas, FALA–fuerzas surafricanas), con intereses comunes, pero también particulares, con apoyos internacionales enfrentados (UNITA-EE.UU, MPLA-URSS) con diversas alianzas regionales, en ocasiones inestables y no poco contradictorias como las existentes entre el MPLA y la SWAPO y el ANC o la UNITA y Zaire o las autoridades prosurafricanas de Namibia, habrían de medir fuerzas e influencias a todo lo largo de los años transcurridos.

Esto llegaría a su clímax durante la histórica batalla de Cuito Cuanavale 1987-1988, siguiendo a la misma los desenlaces que contribuirían a ese acelerado desmantelamiento: las negociaciones que llevaron a los Acuerdos de Nueva York (diciembre de 1988, a la aplicación rigurosa y sucesiva de los mismos (retirada de las fuerzas surafricanas del sur de Angola y de Namibia, independencia de este país bajo el triunfo arrollador de la SWAPO y la reglamentación bilateral entre Cuba y Angola para la retirada de las fuerzas cubanas). No es tampoco casual observar cómo los Acuerdos de Estoril coinciden casi exactamente con la conclusión de la retirada cubana sin la persistencia de serios incidentes que aplazaran o afectarían gravemente la ejecución de la misma.

Parejamente, los apoyos internacionales enfrentados (EE.UU. y la URSS) registraban cambios sustanciales. Las posiciones de ambas potencias pasaban a una etapa de convergencias notables en los más variados planos de las relaciones internacionales y en particular con respecto al tratamiento de los conflictos regionales desde los acuerdos sobre Afganistan. Por otro lado, la crisis interna de la URSS debilitaba objetivamente sus posibilidades de hacer gravitar su política exterior con mayor influencia y como reflejo de esto la misma se manifestaba expresamente partidaria de una cuidadosa revisión de su política tercermundista, incluida la reducción de nexos y compromisos en conflictos regionales.

En esas condiciones, EE.UU. y la URSS expresaban su decisión de suspender sus programas de ayuda y suministros bélicos a los contendientes angolanos como arma de presión en las negociaciones y de ponerle fin a la esfera de asistencia militar una vez que se alcanzaran los acuerdos. En este sentido, se reconocía en ambos países una mejor definida y más enérgica política, incomparable con cualquier situación pasada, a fin de propiciar un arreglo final.

Medios de prensa presentes en las negociaciones de storil daban especial destaque al papel de dichas presiones, sobre todo en doblegar los últimos obstáculos y reclamos interpuestos por la UNITA luego de fracasar en sus intentos por capturar y conservar plazas urbanas de importancia (como en el caso de Luena) a manera de puntos adicionales para mejorar sus exigencias en las negociaciones.

Todo lo anterior, unido a la escasa relevancia que para las prioridades de Seguridad Nacional de EE.UU. ocupara el conflicto angolano, comportaban un doble efecto: de una parte, la manida y poco realista retórica occidental y surafricana alrededor de una supuesta "amenaza soviética", perdía toda razón de ser (¡si a alguna vez la tuvo!) para justificar injerencismos y agresiones de todo tipo, por la otra, estas readecuaciones y replanteos pasaban a determinar una inusitada y muy beneficiosa disminución de los pasados niveles de internacionalización del conflicto angolano.

Desde la dimensión regional otras modificaciones no menos sustanciales operaban en idéntico sentido. Su solo enunciado es más que elocuente: los

cambios internos en Suráfrica dirigidos a la liquidación del marco legal e institucional del apartheid, la ya mencionada independencia de Namibia, las actuales negociaciones emprendidas por Pretoria sobre Walvis Bay y con Angola, Mozambique y otros países de la región en torno a aspectos bilaterales, señalan el despliegue de una tendencia hacia un clima de paz y cooperación regional muy diferente a la confrontación que primara durante 16 años.

Por otro lado, a Namibia interesa una solución de paz en Angola para garantizar así una mayor seguridad a su frontera norte, muy próxima y comprometida con la guerra en Angola. La inestabilidad política prevaeciente en Zambia y la tremenda crisis que se abate sobre el régimen de Mobutu, en Zaire, los inclina a apoyar un desenlace estabilizador en el país vecino con el cual comparten cientos de kilómetros de frontera común y así desembarazarse de incómodos y conflictivos compromisos pasados o recientes con la UNITA así como de la pesada carga de los centenares de miles de refugiados residentes en sus fronteras. A Zambia y Zaire interesa asimismo, mucho más en estos momentos de máximo agravamiento de sus dificultades económicas, una estabilización que permita restablecer el funcionamiento del ferrocarril de Benguela y con ello abaratar y agilizar sus depreciadas exportaciones de cobre y otros minerales.

El optimismo también se nutre de ciertas apreciaciones del panorama exclusivamente interno en Angola. Este venía mostrando ya dese 1984-1986 inequívocos de un estancado equilibrio de fuerzas, de un probado agotamiento de la vía militar para solventar encontrados intereses y proyectos. Y si bien las capacidades de resistencia del angolano – como del africano y otros pueblos del Tercer Mundo en general – trascienden los límites e imaginación convencionales de una cultura occidental, al replegarse sobre ínfimos niveles de sobrevivencia basados en la solidaridad familiar, incluso con una visión enteramente diferente de la propia muerte, no es menos cierto que en capas, sectores y zonas cada vez más extendidos por todo el país con independencia de filiaciones partidistas o de otro tipo, prosperó desde mediados de los años '80 un fuerte sentimiento, y cada vez más manifiesto, de poner fin a la guerra a cualquier precio; decir un "adios a las armas" efectivo y terminantemente.

En consonancia, y en medio de enconadas polémicas, tanto en el MPLA como en la UNITA, dicha cuestión pasaba a dominar cualquier perspectiva, debatiéndose fórmulas, salidas y variantes para interpretar ese sentimiento, capitalizarlo políticamente y traducirlo en un proyecto viable y exitoso de arreglo político. Por ambas partes comenzarían a idearse iniciativas y medidas. Cuando el MPLA puso en ejecución su "Política de Clemencia y Armonización Nacional" – con reconocidos éxitos entre las bases kikongo de los restos del FNLA y el COMIRA, y con realizaciones menores entre poblaciones controladas por la UNITA – y poco después, en el VI Congreso, de agosto de

1986, la UNITA adoptaba una plataforma de "Reconciliación Nacional", reflejaban con similares intenciones y condicionamientos esas búsquedas.

Estas tendencias ganarían considerable terreno después de Cuito Cuanavale y los Acuerdos de Nueva York.

La presencia y despliegue de todos estos elementos han alentado sobremanera a los que se incluían por pronósticos más optimistas con relación a la viabilidad y aplicación de los Acuerdos de Estoril. Reconocer cuán profundamente se ha modificado internacional y regionalmente este conflicto así como las posibilidades y proyecciones más recientes de los principales actores locales – MPLA y UNITA –, y el análisis más ponderado de estos giros trascendentales, parecen ciertamente, fortalecer una óptica más optimista.

ACTORES Y POSIBILIDADES

Respecto a quién podrá resultar más beneficiado por este viraje y en el proceso electoral previsto, los juicios y estimados se presentan muy divididos todavía. Hacia dónde pudiera inclinarse la balanza es el centro que acapara las discusiones, escenarios probables y pronósticos. Pasemos revista a la cuestión con el cuidado e importancia merecidos.

Comencemos por decir que la UNITA es la organización más importante de la oposición. En sus 25 años de existencia, pero especialmente en la pasada década, la UNITA devino en una poderosa fuerza política y militar debido a que supo explotar y manipular con sagacidad las divisiones históricas que separaron el noroeste y la costa del interior, de los antagonismos entre sus estructuras de intereses demográficas, diferencias sociopolíticas y culturales – anteriores inclusive al colonialismo – hasta el punto de intentar contraponer las dos partes del país y de ese interior más marginado y discriminado, de sus diferencias pasadas y presentes, nutrir y expandir su organización. Más recientemente intentaría aplicar su penetración y bases, con algunos éxitos, en dirección al noroeste y otras zonas de más débil o ninguna implantación de parte de la UNITA.

Esa implantación se nutrió y creció también a expensas de la propia incapacidad del MPLA, de sus instituciones y cuadros de controlar o fiscalizar efectivamente los ya mencionados inmensos espacios geográficos subpoblados, sus sistemas de aldeas, sin que a ellos llegaran en muchos casos los beneficios y protección del gobierno del MPLA. Eran espacios vacíos que, naturalmente, venía a ocupar la UNITA mediante la persuasión política, la invocación a lealtades tradicionales, de linajes y culturas. En no pocos casos también por medio de la intimidación, el secuestro de poblaciones y uso como rehenes para formar obediencias y fuentes de reclutamiento y suministros. También con

frecuencia el paso de la UNITA dejaba un rosario de aldeas completas exterminadas.

Los desaciertos políticos y económicos del MPLA en diferentes momentos o zonas del país, la imposibilidad objetiva o negligencia para dar solución a numerosos problemas, la aparición de ciertos conflictos con algunas iglesias (Católica, Tokoísta y otras) coincidiendo con transitorias corrientes en pro de una orientación ateísta en el MPLA, la carga de descrédito por los procesos de corrupción, contribuían a abonar en medida importante los avances de la UNITA en determinados momentos. La presencia de las fuerzas cubanas y el apoyo soviético, sobre todo su asesoría, eran aspectos igualmente importantes que la UNITA procuraría aprovechar para socavar la sustentación nacional del MPLA. Por otra parte, la UNITA buscaba en las poblaciones angolanas refugiadas en Zaire, Zambia y Namibia un apoyo suplementario de gran valor, el que se realizaba en abierto contubernio con autoridades de esos países en diferentes momentos de su historia.

En las áreas o zonas bajo su control permanente la UNITA ensayaba la puesta en práctica de formas de administración y servicios sociales elementares y siempre muy restringidos por las prioridades militares. En ellas la UNITA desarrolló sus bases, elevó el nivel de instrucción entre algunas poblaciones, realizó sistemáticas campañas ideológicas en base a los componentes básicos de sus sucesivos programas y amplió sus bases entre otros grupos etno-lingüísticos muy pobremente representados en la organización durante largo tiempo (ovambo, lunda-chokwe y kikongo entre otros).

Para la segunda mitad de la década de 1980 consolidaba bastante establemente su implantación político-militar en el noreste y el noroeste, resultándole de especialísima importancia para estos avances las facilidades operacionales y de reclutamiento entre refugiados de Zaire, incluyendo algunos miembros de los desaparecidos FNLA y COMIRA así como de las fracciones del muy debilitado FLEC.

El apoyo multifacético y sostenido de parte de Suráfrica hasta la batalla de Cuito Cuanavale, de Francia bajo el gobierno de Giscard d'Estaing, de otros regímenes africanos, especialmente de Marruecos, así como EE.UU., dotaban a la UNITA de un apoyo y de un marco político-diplomático africano e internacional de considerable peso. Esto no debe exagerarse al punto de apreciar simplistamente que la UNITA haya sido o sea un apéndice o creación de Pretoria o Washington.

Una de las cuestiones más debatidas gira en torno a la extensión de las bases sociales y étnicas de la UNITA. Un enfoque bastante difundido en medios occidentales – incluso George Bush, siendo vicepresidente, lo esgrimiría en más de una ocasión – es el que gusta de presentar a la UNITA como la organización que encarna o representa a la población ovimbundu, y al ser esta la

mayor del país desde el punto de vista numérico, nada más lógico en apariencia que reclamara la hegemonía del país. Y si esto fuera ciertamente así entonces ello sería una carta de triunfo en las venideras elecciones.

En este asunto deben también evitarse estereotipos y simplismos. Si ese presupuesto fuera realmente así ¿cómo explicar que más del 50% de las fuerzas armadas del MPLA (FAPLA) estuvieran compuestas por personal proveniente justamente del grupo y subgrupos ovimbundu? Problematizando más la cuestión, ¿cómo explicar las muy numerosas aldeas ovimbundu que fueran víctimas de operaciones de exterminio y represalias de parte de la UNITA y esas mismas aldeas con abundantes contingentes a la FAPLA? Alguien pudiera argumentar que buena parte de ese reclutamiento se hace por medio de la fuerza, como en todos los países africanos, pero entonces pudiera argumentarse: ¿Por qué en las FAPLA no surgieron conflictos de lealtad, conspiraciones pro-UNITA o deserciones en masa a su favor?. Sin adentrarnos en pormenores, debemos recordar también que ese universo que denominamos ovimbundu fue siempre bastante diverso en cuanto a su fraccionamiento en subgrupos, rasgos socioculturales y expresiones político-culturales. Una matización más cuidadosa, menos lineal y absolutizadora se impone a la hora de repartir o atribuir los apoyos de la base etno-lingüística.

El balance que se propone de los elementos favorables a una victoria político-electoral de la UNITA, debe además contemplar otros componentes para una mejor evaluación de sus posibilidades.

En la vida interna tanto del MPLA como de la UNITA, se han registrado enconadas luchas de tendencias, poniéndose a prueba la estabilidad y coherencia en sus respectivos niveles de dirección y estructuras de cuadros, pero de cómo se han ventilado las mismas y sus métodos, sí hay que decir que es muy considerable la distancia que se observa entre las dos.

En el MPLA muchas de esas luchas posteriores a la muerte de Agostinho Neto se libraron en el marco de reuniones oficiales o congresos, bastante públicamente, los derrotados perdían cargos o jerarquía en el comité central, secretariado, buró político o gobierno; algunos pasaban a simples militantes de filas o hasta expulsados los menos. En la década de 1980 nadie fue muerto, desaparecido o torturado como en ocasión de la lucha faccional por el poder de 1977; los métodos se hicieron más institucionales, con más discusión en las bases y a su alrededor, ganándose en estabilidad relativa. Las grandes discusiones colectivas, a todos los niveles, a partir de la adopción del programa de Saniamiento Económico y Financeiro (SEF), de Acción Gubernamental (PAG), y con los congresos III y Extraordinario, daban buena prueba de ello. Con esto la credibilidad interna y externa del MPLA ganaba terreno.

En cambio, muy diferente era el panorama en la UNITA. El fenómeno de las contradicciones internas dentro de la UNITA y de sus desfavorables

repercusiones tuvo un primer período poco conocido que se lograba mantener opacado, pero el incremento de las pugnas internas y el nivel de las personalidades afectadas iba aumentando. Para hacernos una idea de este primer período (1980-1985) baste consignar que en el mismo fueron liquidados, muertos o desaparecidos, Antonio Vakulukuta, jefe del Departamento de Defensa, y cuya desaparición le restaba audiencia entre sectores ovambo representados por esta figura; Jorge Sangumba, jefe del Departamento de RR.UU. entre 1969 e 1978, luego representante de la UNITA en EE.UU.; Samuel Chiwale, jefe del Estado Mayor de las FALA hasta 1980 y Alberto Chendonvala, responsable del Frente Este en 1985.

En la segunda mitad de la década de 1980, esas luchas y procedimientos cobraban mayor relevancia. Pedro Ngueva Chingunji, jefe del Departamento de RR.UU. hasta 1988, desaparecía junto con su hermano y otras figuras y cuadros como Alberto Vinana y Abel calai. Entre los elementos de la UNITA en el exterior, entre intelectuales y estudiantes, aparecían abiertas tendencias de ruptura, creándose varios movimientos menores como el Movimiento del Gallo Negro Auténtico (1985-1986) y más tarde, en 1988, la UNITA Democrática, muy activa en Europa y EE.UU., donde ha encontrado cierta difusión interesada de algunos medios oficiales.

Igualmente, se hacía notorio el reforzado nepotismo en las designaciones de Savimbi para cargos de responsabilidad. El jefe de la Policía Secreta de la UNITA (Brigada Nacional de Defensa de Estado), el coronel Silas, es pariente muy cercano. Dos sobrinos, el brigadier Arlindo Pena "Ben Ben" y el teniente coronel Steves Pena Cami, ostentan los cargos de vice-jefe de Estado Mayor e jefe de Informaciones respectivamente. Además, el jefe de Logística, Altino Bango Sapalado "Bock", el coronel Begini y el jefe del Estado Mayor, Demóstenes Amos Chilingutilla, son, junto a otros, los integrantes del "clan de Andulu", base del poder de Savimbi. El que cada día se reconoce como más pronunciadamente unipersonal, antidemocrático y brutalmente represivo.

Este último encuentra en una de las frases más recurrentes de Savimbi "Cuando usted habla de la UNITA, usted está hablando de Savimbi", un ejemplo bien elocuente. En medios occidentales, en parlamentos, medios de prensa, académicos y especializados, se han levantado no pocas voces para impugnar el liderazgo y métodos de Savimbi, incluido el propio congreso de EE.UU.

Personalidades autorizadas como la del profesor John Marcum y del renombrado politólogo Samuel Huntington, ambos norteamericanos, han levantado su voz acusatoria junto a representantes de medios intelectuales y religiosos, en audiencias congresionales y publicaciones especializadas. al otro lado del Atlántico, en Europa, el británico Fred Bridgland, experto de la UNITA y biógrafo de Savimbi hasta 1986, se unía a este respetable coro de voces que, con toda seriedad y de forma muy documentada, concentraban sus denuncias en

la naturaleza represiva y antidemocrática, brutalmente dictatorial, del poder absoluto que ejerce Savimbi, de las represiones y desapariciones practicadas por esta y, más recientemente, las campañas masivas de liquidación so pretexto de combatir corrientes de hechicería en la UNITA y las poblaciones bajo su control.

Savimbi intentó contrarrestar esas tendencias adversas, internas y externas, así como las iniciativas del MPLA, con la celebración del VII Congreso de la UNITA, a mediados del presente año, buscando manipular la reunión como demostración aparente de su unidad interna, de su disposición a sumarse a un proceso de paz y de reafirmación del liderazgo personal de Savimbi. Este consideró y proclamó finalizada la guerra, se mostró dispuesto a firmar un alto el fuego y reclamó que la UNITA había demostrado a su rival que "el conflicto no podía tener una solución militar", razonamiento en apariencia positivo, pero que parecía desmentirse por la serie de ataques lanzados contra posiciones del MPLA antes, durante y después de las negociaciones de Estoril.

En cambio, ¿qué balance puede proponerse con respecto al MPLA? Todos los males que se derivaron de las circunstancias en que debió asumir la independencia: fuga súbita y en masa de colonos, capitales, técnicos, burocracia, administradores, de la mayor parte de las inversiones, si exceptuamos el petróleo; las destrucciones del período de guerra 1975-1976, una ausencia casi absoluta de cuadros y técnicos de base, medios y superiores para un Estado que intentó, sin estar capacitado, dar respuesta al enorme vacío económico y de gestión, y su agravamiento por las condiciones de una tercera guerra que se prolongaría por 15 años, significaron, en variado grado, visibles niveles de desgaste social y político para el MPLA, aunque resulta imposible medir sus magnitudes reales pues todo esto también tiene que ser visto a la luz de la interrelación entre lo objetivamente imposible de resolverse entonces por el nuevo poder y lo subjetivamente empeorado por políticas o medidas erradas, por negligencias manifiestas o limitaciones insuperables en cuanto a convertirse en un poder verdadero y estable sobre toda la diversidad de los espacios geográficos y humanos difíciles de abarcar, más la corrupción que tanto ha minado su gestión económica y política. Todo ello sienta las bases para alimentar no solo la crítica, sino amplias corrientes de malestar y descontento.

Se debe valorar también que desde 1977 todo el poderío militar acumulado por las FAPLA y sus aliados cubanos y soviéticos no pudieron hasta Cuito Cuanavale producir una batalla de resultados de envergadura visiblemente negativos para la UNITA y Suráfrica ni impedir la expansión sostenida de la primera por todo el país antes de dicha batalla, y que esto le restaba al MPLA crédito adicional en el terreno de su desempeño político-militar y las apreciaciones más difundidas en relación a este aspecto.

El hecho de que la parte negativa de este balance se realizara con el empleo contante de una retórica marxista-leninista, que toda la política

proclamara su inspiración y diseño en los principios del socialismo – sin distinguir cuantas distancias no habían entre esa realidad y las políticas de turno con relación al socialismo –, creaba otro peligro mayor aún; que las corrientes de crítica, malestar y descontento, trazaran una identificación, una equivalencia, entre la situación existente y el socialismo, con la consiguiente carga de rechazo y descrédito.

A lo anterior habría que incorporar los datos objetivos, y las lecturas populares y las mal intencionadas, alrededor de las mil insuficiencias de la URSS y otros países socialistas para asegurarle a Angola, sobre todo desde fines de la década de 1979-1980, alternativas comerciales, de financiamiento, tecnología, asistencia técnica y ayuda – apartando la cuantiosa cooperación en la esfera militar – en proporciones y calidad en correspondencia con sus múltiples necesidades.

Al margen detallado de este controvertido aspecto – en que deslindar sus ángulos objetivos, subjetivos y coyunturales entran en un terreno que desborda los límites de estas líneas –, el mismo serviría para debilitar la sustentación externa del proyecto inicial del MPLA y perjudicar la imagen del papel de la ayuda socialista. Esto empeoraría a todo lo largo de la década de 1980, paralelamente con la crisis en los países socialistas.

Este balance plantea un elevado nivel de desgaste y costo social y político, lo que desempeñará un importante papel en cualquier confrontación político-electoral para fines de 1992. Ciertas interpretaciones se inclinan por anticipar un resultado similar, y por razones parecidas, al de Nicaragua; otros refuerzan esa lectura partiendo de los resultados de las elecciones pluripartidistas efectuadas meses atrás en Cabo Verde y Sao Tomé, en cuyos archipiélagos eran derrotados los partidos "históricos" de la lucha por la independencia. En consecuencia, se sugiere por esa vertiente que las otras fichas de ese dominó – el MPLA y el FRELIMO – pudieran correr idéntica suerte.

A esta línea de argumentación es posible oponer que las determinantes y contextos de Angola o Mozambique difieren grandemente del de Nicaragua y, en medida no menos importante, de los procesos de Cabo Verde y Sao Tomé, no solo económica, social y políticamente, sino subjetivamente, pues la oposición victoriosa en estos dos casos no guarda parecido alguno, ni remotamente, con la UNITA, puesto que se trata de viejas fracciones y personalidades de esos mismos partidos "históricos", escindidas en el pasado y que supieron ganarse la insatisfacción y frustraciones de las mismas bases sociales y políticas de dichos partidos.

También pudiera recordarse, salvando las diferencias, que para el 15 de febrero de 1989 – coincidiendo con la retirada de las últimas fuerzas soviéticas de Afganistán – todo el mundo esperaba el colapso inmediato del régimen de Kabul, y ello ni tuvo ni ha tenido lugar o el caso de que para las elecciones en

Namibia no pocos dudaran de la victoria de la SWAPO. Sin dudas, se hace más aconsejable no forzar simetrías o equiparaciones y sí, en cambio, poner mayor énfasis en la especificidad de cada situación.

A esta altura, entra en juego otro factor: la denominada tercera fuerza, representado esto por fuerzas alternativas que puedan surgir de ciertos segmentos sociales, culturales o políticos, que emergerán con una dinámica independiente, bien en las zonas bajo control del MPLA o de la UNITA, y que pasaran a competir políticamente con estas dos fuerzas. Claro que esta tercera fuerza no debemos imaginarla como un tercer partido, al menos en este período, capaz de arrebatarle o compartir una victoria con cualquiera de ellos. Su forma inicial de surgimiento será a partir de muy variados orígenes: capas aburguesadas de Luanda, de origen kimbundu-mestizo o entre los kikongo, en especial entre los más adinerados de los "regresados" (los que regresaron de la emigración luego de la independencia), entre las disidencias "históricas" del MPLA o de la UNITA, del resto del FNLA, o del seno de agrupaciones mutualistas, de iglesias o de movimientos mesiánico-religiosos que optarán por el activismo político. Algunas corrientes de Zambia o Zaire, especialmente de este último, pudieran influir en la aparición de algunos de estos nuevos partidos o movimiento. La reactivación del partido ABAKO, en Zaire, pudiera tener algunos reflejos en poblaciones de cultura kikongo en Angola.

Esta tendencia ya ha venido expresándose con alguna claridad en zonas del MPLA con la fundación de la Asociación Cívica Angolana (ACA), el Partido Renovador Democrático (PRD) y otros, con la aprobación y estímulo de este, como parte de su política de cambios. Sin embargo, en las zonas de la UNITA se enfrentan a los dispositivos represivos de esta organización, por lo que solo podrán aparecer más tardíamente como resultado de las condiciones de la transición democrática y pluripartidista.

Algunas corrientes han venido privilegiando la formación de un sistema bipartidista basado en la combinación MPLA-UNITA y de su periódica alternancia en el gobierno. Esta idea aparece principalmente en medios más próximos a la UNITA pues témesese que esa tercera fuerza pudiera inclinar-se más en favor de diversos compromisos con el MPLA y así privar a la UNITA de espacios sociales, culturales y políticos susceptibles de disputarse su apoyo. Esta corriente se ve favorecida por el hecho de que la tercera pueda prosperar más eficazmente y tener sus expresiones más relevantes en áreas del noroeste y la costa, medios estos históricamente muy refractarios a una eventual alianza con la victoria de la UNITA.

Parejamente, en este balance que se propone acerca de las posibilidades del MPLA es bueno observar que, junto a los contemplados hasta aquí, es conveniente entrar a valorar estos rasgos, tantos negativos como

positivos, como aquellas políticas de cambio emprendidas por el MPLA y el eventual efecto que las mismas puedan tener para su futuro político.

Las zonas del país sobre las que se asienta el poder e influencia del MPLA son las que históricamente han dominado y siguen dominando el país en su conjunto, esto es, el noroeste y la costa; a él le han sido leales no solo lo más brillante de la intelectualidad angolana de todos los tiempos, sino también el grueso de los especialistas y tecnócratas (viejos y nuevos), y ellos son la espina dorsal de la maquinaria estatal y de lo modernizador de la sociedad.

Desde 1984-1985, el MPLA venía trabajando con creciente prioridad en las posibles salidas para alterar positivamente y estabilizar las tendencias negativas de su gestión, incluido el propio modelo de poder. La búsqueda de una solución de paz (Acuerdos de Lusaka y Gbadolite, entre otros), la mencionada "Política de Clemencia y Armonización Nacional", la incorporación de militantes y la promoción de cuadros provenientes de otras zonas y poblaciones, colocaban al MPLA en mejores condiciones de presentar no solo la más amplia coalición kimbundu-kikongo-mestizos, sino de integrar ramificaciones y bases de otros componentes del mosaico etno-lingüístico angolano que le dan una mayor estatura en términos de capacidad y representatividad más popular y "nacional".

Se unen a esos elementos, el amplio proyecto de reformas políticas en los cuales de ha enfrascado el MPLA en los últimos años. Ellas han abarcado: profundas reformas a la constitución vigente para eliminar todas las formulaciones derivadas de un régimen de partido único de plataforma marxista-leninista para sustituirlo por uno de naturaleza pluralista en todos los órdenes como el pluripartidismo, libertad de ideas y de expresión, las reglamentaciones jurídicas correspondientes, la redefinición del MPLA como movimiento político de masas, sin distinciones de raza, etnia o credo, orientado por una concepción de socialismo democrático, y que propone un rescate de su fuerza movilizadora, de recuperación de respaldo popular, desechando los métodos burocráticos e autoritarios.

Todas esas transformaciones se pusieron a discusión previa por las masas, por comisiones especializadas, y se llevaron sus resultados y propuestas de enmienda a la asamblea nacional y los congresos III y Extraordinario del MPLA.

También se están tomando medidas para una autonominación del poder presidencial y la autoridad directa o injerencia del partido político gobernante (reforzamiento de la autoridad presidencial, crear el cargo de secretario general para el MPLA, una mejor definida separación de funciones) y, con especial desde 1986, una mayor articulación de los poderes tradicionales de la sociedad rural, representados por los sobas, con el gobierno central y la figura del presidente, al mismo tiempo que se les restablecen símbolos y atribuciones revestidas de autoridad institucional.

Otra dirección no menos trascendental ha sido la política económica. Aquí es posible advertir desde temprano una más rápida y completa reinscripción de la economía angolana en la economía mundial capitalista. Las transacciones con las empresas mundiales del petróleo más importantes como Chevron, Conoco, Texaco, Elf, ENI y otras, aseguraron y elevaron el papel del gobierno del MPLA como un socio reconocido y serio por los inversionistas.

En la segunda mitad de los años '80, Angola se incorpora como miembro pleno a la Convención de Lomé y comienza a gestionar su ingreso al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, logrando esto un poco más tarde. Como parte de este desplazamiento y actuando como contraparte económica de la "Política de Clemencia y Armonización Nacional", se diseña el programa de Saniamiento Económico y Financiero (SEF). Si bien fue concebido para ejecutarse en tres años, y los condicionamientos de la guerra bloquearon esta posibilidad, lo cierto es que procedió teóricamente y en todas sus reglamentaciones, a diseñar un nuevo modelo de economía de mercado regulado en la que el Estado aún se reserva un influyente papel. Las leyes, instrumentos e instituciones que para este fin se han elaborado, establecido y comenzado a ponerse en práctica en algunos aspectos como los referidos a régimen de inversiones extranjeras, reanimación de áreas de propiedad privada tanto del comercio interno como, en una fase inicial, de privatizaciones, sobre todo de antiguas empresas de industria ligera y básicas, que pasarían a sus antiguos propietarios, en la mayoría de los casos empresarios portugueses y de otras nacionalidades.

Se avanzó también en la dirección de una nueva política cambiaria a fin de colocar la kwanza en su justo valor de cambio, considerado esto indispensable para cualquier saneamiento verdadero de los equilibrios financieros y para crear un marco de cambio capaz de atraer al capital inversionista y comprometerse en iniciativas fuera de la empresa mixta y el "bartering".

Esta cuestión de la política cambiaria ha sido la más debatida, la que más lentamente se ha ejecutado debido a que las devaluaciones actuales, del orden de los 200%, no logran acercar a la kwanza a su tasa de cambio real. Estudios y enconadas discusiones tienen lugar actualmente alrededor de este problema, calificado por el presidente José Eduardo Dos Santos como uno de los más delicados pues su desenlace puede desatar las conocidas reacciones en cadena en la relación salarios-precios y con ello las explosiones sociales que se han extendido por muchos países africanos como resultado de las políticas de ajuste orientadas por el FMI. De ahí que la dinamización del SEF en la etapa actual encuentra en este punto su más difícil escollo.

Este cuerpo de iniciativas puede repercutir en tres direcciones potencialmente muy provechosas para el MPLA: abre perspectivas de cambios con los cuales amplios sectores de la ciudad y del campo pueden identificarse,

variando pasados agravios o descontentos; aumentan el crédito político y económico internacional del gobierno del MPLA; y lo más importante a apreciar: las principales y más fundamentales iniciativas para la transformación del sistema económico y político del país en su paso hacia las nuevas condiciones han sido promovidas y comenzadas a ejecutar por el propio MPLA, con lo que bastante poco le queda por añadir a la UNITA, ya sea en materia de pluralismo y democracia, economía de mercado o eficaces articulaciones con el capitalismo internacional.

Otro aspecto diferenciador, es el de las alianzas internacionales en que ambas organizaciones se sustentaron y la apreciación de este por la opinión o juicio de los angolanos. En este sentido, el recurso a las fuerzas cubanas tuvo reconocida validez interna e internacional frente a una manifiesta agresión y prolongada injerencia de Suráfrica y EE.UU. que se alinearon – con ninguna validez y muchos efectos contradictorios – al lado de la UNITA. No guardará jamás simetría o equivalencia alguna el soldado o cooperante cubano, más próximo social y culturalmente con el angolano que lo reconoce y distingue como "primo", que el surafricano racista. Los comportamientos de ambos dejaron huellas muy diferentes, los primeros de signo positivo y los segundos de barbarie inolvidable.

Finalmente, hay que preguntarse: ¿Cuál será el veredicto o dictamen de la conciencia social angolana en sus diversos condicionamientos, intereses y lealtades; a quién culparán en mayor grado por los interminables años de guerra y su dramático inventario? ¿Cómo se repartirán las culpas por tanto daño; por no haber alcanzado antes la paz? Este veredicto será determinante en alto grado, incluso por encima de lealtades de linaje o grupos, y en este sentido la alianza de la UNITA con Pretoria tiende objetiva y subjetivamente a hacerla más culpable. Si a ello sumamos los efectos positivos de las reformas e iniciativas del MPLA, entonces sus posibilidades habrían aumentado con vistas a un posible triunfo en la contienda electoral de 1992.

ABSTRACT: The author, a well-known Cuban historian, that had lived in Angola, analyses the process of peace related to this country dealing with the principal political Angolan forces. The international situation, including Angola, is strenghtened.